



Mary Beard, *Mujeres y poder: un manifiesto*, traducción de Silvia Furió, Barcelona, Crítica, 2018, 111 págs.

Mujeres y poder: un manifiesto (*Women and Power: A Manifesto*) es la última obra publicada por la historiadora británica Mary Beard (Much Wenlock, Shropshire, 1955), Premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales en 2016. Se trata de un breve ensayo, de 111 páginas, resultante de la adaptación de dos conferencias pronunciadas en el Museo Británico de Londres en 2014 y 2017,

como parte de las serie de actos organizados por la *London Review of Books*. En ellas, la autora explora las raíces culturales de la exclusión de las mujeres, como género, de las esferas de poder en el mundo occidental.

Mary Beard, catedrática de Clásicas en el Newnham College de la Universidad de Cambridge, editora de la sección de estudios clásicos de *The Times Literary Supplement*, autora del blog de reflexión *A Don's Life* y miembro de la Academia Británica y de la Academia Americana de Artes y Ciencias, es mundialmente conocida no solo por su gran labor como investigadora y divulgadora de la historia del mundo grecorromano, sino también por su activo compromiso con la causa feminista. Por ella trabaja tanto en el ámbito académico como en los medios de comunicación y en las redes sociales, contraatacando con inteligencia e infinita paciencia los burdos insultos y amenazas proferidos por sus, lamentablemente numerosos, detractores. En sus facetas de comunicadora y feminista, Beard demuestra su convicción de la función social del historiador o del intelectual en sentido amplio.

Entre sus líneas de investigación destacan la sociedad, la cultura y la religión en Roma, el aparato de representación del poder romano y del triunfo militar, la recepción de las tradiciones clásicas en el mundo moderno y los estudios de género en la Antigüedad. El papel de las mujeres en la vida pública es un tema que ha tratado en múltiples ocasiones, tanto en publicaciones escritas como en conferencias, en documentos televisivos y en encuentros radiofónicos.

Su última visita a España, en septiembre de 2017, estuvo motivada por su nombramiento como Doctora Honoris Causa por la Universidad Carlos III de Madrid, propuesto por el Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja. Durante su estancia impartió dos conferencias en el Museo Arqueológico Nacional y en el Espacio Fundación Telefónica de Madrid. La primera de ellas, “Roma y nosotros. Cómo entender la herencia romana en nuestro tiempo”, versó sobre el método analítico que caracteriza su producción investigadora y divulgativa, que está ligado a sus trabajos sobre la recepción

de los clásicos: el estudio comparado de la Antigüedad grecorromana y del mundo contemporáneo occidental, orientado a ampliar la comprensión de la actualidad a partir de nuestra herencia clásica. Esta es precisamente la perspectiva adoptada en *Mujeres y poder: un manifiesto*. En el acto celebrado en el Espacio Fundación Telefónica, reprodujo la primera de las conferencias adaptadas en dicho ensayo.

Este se compone de un prefacio, dos capítulos principales correspondientes a las dos disertaciones, un epílogo, una sección de referencias a las fuentes utilizadas y de bibliografía comentada, un apartado de agradecimientos, una lista de ilustraciones y un índice alfabético de los principales personajes e instituciones mencionados. Las ilustraciones (27 en número), relativas tanto a los mitos clásicos como a las figuras y hechos modernos evocados, constituyen sin duda un apoyo visual esencial para la correcta comprensión del discurso.

En el prefacio, Mary Beard introduce la temática de la obra a través del recuerdo de su madre, nacida antes de que las mujeres obtuvieran el derecho de voto en Gran Bretaña. Joyce Emily Beard, directora de una escuela de primaria, vivió, protagonizó y celebró algunas de las conquistas en materia de igualdad de género del siglo XX, al tiempo que fue consciente de todo el camino que aún quedaba por recorrer en esta dirección.

En el primer capítulo, “La voz pública de las mujeres”, Beard denuncia el silenciamiento de las mujeres, como grupo social, en la vida pública y los abusos ejercidos sobre las que, en cuanto individuos, consiguen alzar su voz fuera del ámbito privado, al que culturalmente ha estado y está adscrita la “charla” femenina. Realizando un recorrido por ejemplos antiguos y contemporáneos de mujeres silenciadas, la historiadora demuestra claramente que el discurso público, desde la Grecia homérica (siglo VIII a.C.) hasta nuestros días, ha sido y es patrimonio exclusivo del género masculino.

Entre dichos ejemplos encontramos mujeres de la ficción literaria, como Penélope, esposa de Ulises, a la que manda callar su hijo Telémaco cuando se atreve a descubrir su voz en la gran sala del palacio ante todos los hombres allí presentes o las protagonistas de

la *Asamblea de las Mujeres* de Aristófanes, obra cuya naturaleza cómica reside precisamente en la ridícula idea de que las mujeres puedan ser la voz de la autoridad y llevar las riendas del Estado. Otros ejemplos son mujeres de carne y hueso, como la romana Mesia, que se defendió a sí misma con éxito en los tribunales de Roma; la ex esclava, abolicionista y defensora norteamericana de los derechos de las mujeres Sojourner Truth o nuestra contemporánea Hillary Clinton. Tampoco faltan las alusiones a las experiencias de sexismo y agresión de género sufridas por la propia Beard en las redes sociales.

Acallarlas directamente, minusvalorar, tergiversar, ridiculizar las palabras de las que hablan, insultarlas o amenazarlas: esas son las diversas estrategias utilizadas por el género masculino a lo largo de la historia para anular la voz pública de las mujeres. A ellas se añade la idea, forjada en el mundo clásico, de que la voz de la autoridad ha de tener un tono grave, concebido como vehemente y viril, frente a la debilidad y cobardía atribuidas a la voz aguda femenina. La historiadora subraya que esta discriminación misógina tiene un carácter más activo del que cabría pensar a simple vista, ya que la capacidad del hombre para silenciar a las mujeres ha sido históricamente una práctica definitoria de la masculinidad como género: un “verdadero” hombre debe poder enmudecer a las mujeres.

En la Antigüedad, solo se les concedía la posibilidad de hablar en público en dos situaciones concretas: como víctimas o mártires y para defender a sus hijos y maridos o a otras mujeres. Podían hablar, por tanto, en defensa de sus intereses sectoriales, pero nunca en nombre de los hombres o de la comunidad en su conjunto. La realidad actual viene a ser la misma, pues el rol de las mujeres en los parlamentos sigue siendo el de promover medidas sobre asuntos relativos a cuestiones tradicionalmente relacionadas con el género femenino. “La gente escucha a las mujeres cuando hablan de asuntos de mujeres de una manera que no las escuchan cuando hablan de economía”, afirmaba Mary Beard en una entrevista publicada por el diario *El País* el 11 de febrero de 2018.

En definitiva, el pensamiento normativo occidental sobre el discurso político y la oratoria es heredero de la

tradición clásica que codifica la voz pública como masculina. No existe, por ende, una voz pública en femenino. Si algunas mujeres han conseguido pronunciarse públicamente con éxito (Margaret Thatcher o Angela Merkel, por ejemplo), es porque han aprendido a hablar como hombres, adoptando un tono grave e imitando aspectos de la retórica masculina. Pero la vía de la androginia, apunta Mary Beard, no es la solución. Solo una reflexión crítica sobre “lo que entendemos por ‘voz de autoridad’ y cómo hemos llegado a crearla” (p. 51) nos permitirá avanzar en la lucha contra el silenciamiento de las mujeres. Aunque la autora no lo dice expresamente, de sus palabras se deduce que la meta perseguida es la creación de un nuevo patrón de pensamiento respecto al discurso público en el que el género no sea un elemento discriminatorio.

El segundo capítulo, “Mujeres en el ejercicio del poder”¹, continúa el análisis sobre la exclusión de las mujeres del poder abordando “nuestro modelo cultural y mental de persona poderosa”, que es “irrevocablemente masculino” (p. 58). Siguiendo el mismo procedimiento comparativo del capítulo anterior, la clasicista británica prueba que tal arquetipo hunde sus raíces en el mundo grecorromano.

En efecto, la tradición clásica desempeña un papel central a la hora de expresar y legitimar la segregación de las mujeres de los centros de poder. En los mitos y en las tragedias griegas, las mujeres poderosas, tales como Medea, Clitemnestra o Antígona, entre otras, provocan el caos, hecho que sirve para justificar la exclusión real de las mujeres griegas de la política. La historia de Medusa, monstruo femenino capaz de petrificar a todo aquel que lo mirase directamente a los ojos y al que el héroe Perseo da muerte cortándole la cabeza, refleja la reafirmación violenta del control masculino sobre el poder (ilegítimo) de la mujer. La rotundez con la que este mensaje es transmitido es posiblemente la razón por la que la decapitación de Medusa ha sido recurrentemente utilizada como símbolo de la oposición al poder feme-

nino; por ejemplo, célebres políticas como Angela Merkel, Hillary Clinton y Theresa May han sido identificadas con Medusa mediante la superposición de sus rostros a diversas imágenes de la cabeza decapitada de esta.

La idea subyacente en estos mitos griegos es clara: las mujeres poderosas son peligrosas, pues amenazan las estructuras de poder establecidas, codificadas como masculinas. Un hecho que Mary Beard no señala y que puede mencionarse como añadidura a sus reflexiones es que las mujeres míticas citadas inspiraron la concepción de la *femme fatale* decimonónica, mujer perversa que con sus artes de seducción es capaz de dominar al hombre y conducirlo a la perdición. No es casualidad que este modelo de fémica poderosa, el único arquetipo en sí de mujer poderosa realmente existente, se haya gestado en una época (finales del siglo XIX) de empoderamiento y de reivindicaciones de las mujeres como grupo social.

Al igual que sucede con las que han conseguido hacer valer su voz públicamente, las mujeres que hasta nuestros días han ocupado puestos de poder dentro del orden establecido han sido caracterizadas como andróginas, ya que han adoptado las formas de hacer masculinas. Mary Beard señala, de nuevo, que la adopción de las maneras masculinas, si bien puede ser una estrategia individual de acceso al poder, no es la solución a la discriminación femenina en la vida pública. Tampoco lo es la táctica de transformar los símbolos que normalmente despojan de autoridad a las mujeres en elementos a su favor, empleada individualmente por algunas mujeres como Margaret Thatcher, quien logró convertir su bolso en un verbo relacionado, en sentido figurado, con el poder político: “correr a bolsazos” (*to handbag*).

Dar a las mujeres, como género, un espacio en las estructuras de poder exige la redefinición del poder y de su *status quo*. Beard considera que actualmente tenemos una concepción elitista del poder, “emparejado al prestigio público, al carisma individual del llamado ‘liderazgo’” (p. 87), como si se tratara de un objeto de propiedad que solo unos pocos, principalmente hombres, pueden poseer. Redefinir el poder para acabar con la discriminación de género hasta ahora inherente a sus estructuras “significa separarlo del prestigio público;

¹ El texto “Tomémonos en serio a las mujeres”, publicado en el suplemento de debate y pensamiento *Ideas*, del diario *El País*, el 11 de febrero de 2018 (dos días antes de la publicación del libro), reproduce casi literalmente la parte final de este segundo capítulo.

significa pensar de forma colaborativa, en el poder de los seguidores y no solo de los líderes; significa, sobre todo, pensar en el poder como atributo o incluso como verbo ('empoderar'), no como una propiedad" (p. 88).

En el epílogo, la historiadora anuncia que en futuros trabajos retomará la reflexión sobre las soluciones para la exclusión femenina del poder que en este libro son meramente planteadas: la reconfiguración de las ideas de poder que marginan a las mujeres como género y la necesidad de desmontar la noción de liderazgo considerada determinante para el acceso puestos de autoridad. Confiamos en que su apretada agenda no nos haga esperar largo tiempo para conocer sus nuevas, profundas e iluminadoras reflexiones.

Mujeres y poder: un manifiesto es un pequeño libro divulgativo de ágil lectura que no tiene nada que envidiar a obras de mayor envergadura en lo que respecta a su contenido, conciso, claro y directo, con poderosas,

o mejor dicho, empoderadoras enseñanzas y reflexiones que todos y todas deberíamos tener presentes en nuestro día a día. Empoderadoras porque nos abren los ojos y contribuyen a crear conciencia. Mary Beard tiene razón al afirmar que el estudio detenido de Grecia y Roma nos ayuda a "comprender mejor cómo hemos aprendido a pensar de la manera en la que lo hacemos" (p. 96), para lo bueno y para lo malo. Observar desde la perspectiva de la *longue durée* el entramado cultural que sostiene la discriminación de las mujeres en la esfera pública amplía nuestra visión del mundo y nos invita a reparar en la necesidad de redefinir las estructuras que sostienen los sistemas occidentales para hacerlas más inclusivas, de tal manera que el género deje de ser un factor de segregación de las esferas de poder.

Beatriz Pañeda Murcia
Universidad Carlos III de Madrid